

Desde el Zulia

Sabaneta: Y los pobres nos evangelizan

Luisa Pernalette

Enero empezó mal. El año de 1993 fue agitado para todos los venezolanos, pero en el Zulia tuvimos agite extra: renuncia de OAP para lanzarse de candidato presidencial y elecciones para Gobernador en Diciembre con Lolita Aniyar o, simplemente Lolita, como ganadora. Forcejeó para aceptar su triunfo y cambios navideños con el nuevo gobierno. Tal vez titulé mal este párrafo, he debido escribir: y Enero ni siquiera lo dejaron empezar. Aún no se normalizaban las actividades generales de la ciudad, después del receso del fin de año, cuando el lunes 3 comenzaron las escenas horribles del penal de Sabaneta. No se trataba de un simple motín; tampoco de los muertos mensuales a los que ya nos veníamos acostumbrando cuando la cárcel aparecía en los medios locales: se trataba de la multiplicación del infierno que aun en condiciones «normales» es Sabaneta.

Ciento siete cadáveres, calcinados unos, «chuceados» otros, baleados otros. Pero ciento siete muertes que no han sido inútiles porque han servido para remover profundamente a toda la sociedad zuliana y, especialmente, a la Iglesia Católica regional.

El año anterior no había sido pacífico en el penal. Setenta y nueve reclusos habían perecido de manera violenta en el interior de una cárcel que fue construida hace 30 años para 800 personas y mantenía hacinadas cerca de 3.000. Los sucesos de Enero se habían gestado en la vida «normal» de Sabaneta. En 30 años no se le hizo ninguna reparación. Los talleres desaparecieron. Los internos desde hacía varios años mandaban, controlaban todo. El comedor parece haber sido destruido por un vendaval. Los vigilantes internos sólo pasaban en la mañana a abrir los candados de los pabellones y luego volvían al atardecer a cerrar las viejas rejas... Durante esos largos días, hacinados y sin nada útil que hacer, se abrieron decenas de huecos en los muros que albergan

armas de todo tipo —no sólo los tradicionales chuzos—; durante esos largos días las mafias del licor, la droga, las armas y la comida, crecieron y delimitaron sus territorios... Familiares de los reclusos insisten en la complicidad de los vigilantes y la Guardia Nacional en todo este comercio... Todo un submundo sin esperanza. Sí, Enero empezó mal, pero ¿cómo podía empezar bien en una cárcel en donde TODO estaba tan mal?

LA SACUDIDA FUE PARA TODOS

Los 79 muertos de la cárcel del 93 sólo habían sido reseñados por la prensa y contados por algunos organismos de Derechos Humanos. Hay que decir, en justicia, que el Gobierno que recién se estrenaba ya en Diciembre había solicitado a la Asamblea Legislativa que se incluyeran en el presupuesto del 94 cien millones de bolívares para la construcción de una nueva cárcel y remodelar la existente. También había iniciado conversaciones con el Ministro de Justicia para la transferencia del penal. Incluso el 31 de Diciembre la Gobernadora fue a visitar a los presos de Sabaneta y les pidió paciencia. También hay que mencionar que un grupo de evangélicos llevaba un trabajo de acompañamiento en algunos pabellones sábado a sábado, pero la población en general veía el drama desde fuera.

El mismo 3 de enero en la noche, junto a las escenas de muerte, los católicos comenzamos a ser interpelados. Monseñor Ovidio Pérez-Morales, Arzobispo de Maracaibo, apareció en pantalla visiblemente consternado convocando a una reunión extraordinaria del clero y a una Misa en la Basílica de la Chiquinquirá para el día 4. Al día siguiente nos dimos cita muchos en la Basílica. Había un profundo sentimiento de dolor y de arrepentimiento. «¿No nos habremos ido acostumbrando a vivir como cañes en medio de Cañes?» preguntó el Arzobispo, en

presencia de autoridades regionales, familiares de los muertos y de muchos que recordábamos que ante los 79 muertos del 93 sólo los habíamos contado y nos habíamos lamentado.

Luego vino la convocatoria a la jornada de ayuno y oración, convocatoria que luego se hizo nacional. Esta invitación fue tomada muy en serio y a ella sucedieron otras respuestas en las bases. Así, la Comisión de Justicia y Paz de Maracaibo, de reciente conformación, vio ampliado su número de miembros, y al lado de los Monitores Populares en Derechos Humanos, iniciaron reuniones con familiares de los presos, de los muertos y de los vivos. En esos encuentros hemos descubierto el profundo amor de esas mujeres-madres, esposas, hermanas por sus familiares. Algunas van todos los días a llevar comida a sus allegados; en sus rostros hemos visto ese amor que todo lo perdona del que habla San Pablo. También en el contacto con ellas y en las visitas al penal hemos comprobado lo que suponíamos: en Sabaneta hay puros pobres, no hay banqueros que se enriquecen «legalmente», sólo hay pobres. Por eso el centenar de muertos del 3 de Enero se lloraron en los barrios de la periferia de la ciudad. Solamente en el sector del Barrio El Silencio, un vecino contó 7 velorios después de la tragedia.

La jornada de ayuno y oración se cumplió tanto en las parroquias como en los Colegios católicos. En las Escuelas de Fe y Alegría, por ejemplo, toda la semana se estuvo reflexionando sobre la situación carcelaria y la solidaridad que debemos ofrecer a esos hermanos. En algunos centros se invitó a los niños a escribir cartas a los internos y hubo líneas más valiosas que muchas lecciones: «Sabemos que uds. han sido muy maltratados; aunque hayan cometido algún error no tienen que golpearlos —decía una carta—. Queremos que se porten bien para que salgan pronto». «Nosotros no vamos a comprar chucherías en la cantina y les vamos a mandar los cobres a uds.» —decía otra—. Fueron decenas de cartas de niños y jóvenes, recordando que esos son nuestros presos por partida doble: por humanos y por pobres.

Es una lástima que hayan tenido que morir más de cien internos en una tragedia para que sintiéramos a Sabaneta como nuestra. Esos muertos y las lágrimas de Lolita, del Arzobispo y del Juez Cubillán nos están evangelizando.